

NARCISO SERRA

La calle de la Montera

Edición, introducción y notas
de
JOSÉ FRADEJAS LEBRERO


EDITORIAL CASTALIA

 Comunidad de
Madrid

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	9
Narciso Serra	10
«La calle de la Montera»	21
CRITERIOS DE EDICIÓN	29
BIBLIOGRAFÍA	31
LA CALLE DE LA MONTERA	35
Acto primero	39
Acto segundo	73
Acto tercero	93
VARIANTES	113
APÉNDICES	117
La calle de la Montera	117
Teatro del Circo	123
Romea	125
ÍNDICE DE LÁMINAS	133

INTRODUCCIÓN

HUBO seis Reyes en España durante el siglo XIX: dos fueron extranjeros (José I y Amadeo de Saboya), tres (Carlos IV, Fernando VII e Isabel II) marcharon al destierro y uno fue impuesto por las armas. Hubo cuatro Regentes: dos reinas consortes, viudas, y dos Capitanes generales. Una República que gozó de cuatro Presidentes en un año y dos minorías: Isabel II y Alfonso XII.

Padecimos dos invasiones (1808 y 1823), dos guerras nacionales (1808-1814 y 1859-1860), tres guerras civiles (las Guerras Carlistas entre 1833 y 1877) media docena de guerras civiles de Independencia (1810 a 1898) (América y el Caribe), alguna con felonía (Cuba, 1898), y otras tantas Constituciones desde la de 1812, el Estatuto Real, la de 1845 y la de 1869. Disolución violenta de las Cortes, aceptación y rechazo.

Revueltas y pronunciamientos a porrillo, atentados a la Reina, burlas a su consorte, una Revolución que produjo el destronamiento y exilio de Isabel II; dos desamortizaciones (1835 y 1855) con lo cual se destruyó una gran parte de nuestro tesoro artístico y bibliográfico que incide en despojo de la invasión de 1808. Revueltas, algaradas y motines en Madrid y alrededores, San Daniel (1856), San Gil (1866) y en la periferia, Cádiz (1841), Barcelona, Cantonales (Alcoy, Cartagena, Andalucía), generales sublevados, desterrados y hasta fusilados (Riego, Torrijos) o suicidas: Manzanares.

Cambios de gobierno y partidos: serviles, liberales, moderados, constitucionales, monárquicos, unionistas; algún ministerio relámpago, de 24 horas; y durante la restauración borbónica, alternancia: conservadores de Cánovas y liberales de Sagasta.

Con este inquietante panorama histórico-político y social no se consumieron las energías creadoras del pueblo español: poetas, dramaturgos, novelistas, periodistas de ágil pluma, pintores

—¡Goya!—, escultores, exposiciones espléndidas, innumerables ilustradores de libros, sociedades culturales que encaminan los rumbos artísticos (el Ateneo de Madrid), ingenieros y arquitectos, banqueros y economistas que crean ferrocarriles, traídas de agua (Canal de Isabel II), construyen palacios como el Congreso de los Diputados y la Biblioteca Nacional; la Cibeles deja de coquetear con Neptuno, cambia de lugar, y ambos de perspectiva. Se amplía Madrid con el Barrio de Salamanca y Arturo Soria inicia el ensanche urbanístico de Ciudad Lineal; el pueblo se divierte en los jardines del Buen Retiro o en los Campos Elíseos, asiste a los toros ora en la Puerta de Alcalá y luego en la Plaza de Felipe II, frecuenta las verbenas o asiste a los diversos teatros. ¿Qué potencia espiritual, qué reservas científicas tenía España? ¿Cómo se pudo llegar a Bécquer y Pérez Galdós, Barbieri, Bretón o Chueca?

Infeliz siglo por su historia; dichoso por sus hombres en el dominio del arte, entre los que figura:

NARCISO SERRA

Narciso Matías Sáenz Serra fue hijo de Alejandro Sáenz Díez, comerciante, viudo, de 45 años, casado en segundas nupcias con doña Carlota María Petra Serra Ortega, de 24 años, natural de Madrid, cuyo matrimonio se celebró en la desaparecida Parroquia de San Martín.¹

Narciso Matías nació en la calle de las Hileras, núm. 12, el 24 de febrero de 1830; fue bautizado en la iglesia de San Ginés y fueron padrinos su abuela materna, doña Narcisa Ortega, y su tío, hermano de su madre, José Serra. Narciso tuvo una hermana llamada Pilar.

Antes de los 15 años quedó huérfano, y su madre solicita para él una plaza en el Colegio General Militar y se le concede. Pero, a petición de su madre, abandona el Colegio el 11 de julio de 1846, quedando sujeto a quintas.

¹ Corría por Madrid la especie de que era «hijo natural del General Antonio Ros de Olano» (Basilio Sebastián Castellanos, Julio Nombela...). Ni la partida de nacimiento ni los informes de los testigos que acreditaron su nobleza en 1845 permiten suponerlo. Quizá su carácter faceto, su amistad con el General Ros, desde los sucesos de 1854, su condición de ser poetas ambos, el haber estado a sus órdenes y en la escolta del General, es posible que éste, 28 años mayor, le llamara en algunas ocasiones *hijo mío* y de aquí naciera la especie.

Irrumpe en el mundo cultural con un tomito de poemas: *Poesías* (1848) y estrena una obra teatral: *Mi Mamá*, con lisonjero éxito. Forma una Compañía teatral, fracasa porque siendo algo sordo no tenía condiciones para la escena.

El 28 de junio de 1854 se sublevan los Regimientos de Caballería de Guarnición en Madrid, al mando de los generales Dulce, Ros de Olano y O'Donnell. Se les unen algunos jóvenes como Pastorfido —oficial de infantería y futuro mediocre dramaturgo— y su amigo Narciso Serra; ambos caen heridos en Vicálvaro en lucha con los realistas. Tras la paz, la Reina premia a Serra con el empleo de Alférez de Caballería, rinde examen de aptitud en marzo de 1855 y le destinan al Regimiento de Carabineros de Borbón, IV de Caballería, guarnición en Madrid. Pasó al Regimiento de Alcántara, 16.º de Lanceros y a la escolta del Capitán General y, por los méritos adquiridos en las revueltas de los días 14, 15 y 16 de julio de 1856, «S.M. la Reina (Q.D.G.) le otorga el grado de Teniente». En su Hoja de Servicios se le atribuye: *valor acreditado*. Y al año siguiente, a causa del nacimiento del futuro Alfonso XII, es nombrado Caballero de Isabel la Católica.

Ha corrido la especie de que abandonó el ejército a causa por oponerse a un coronel ordenancista, para evitar el traslado de Madrid, por ser contrario a la disciplina cuartelera. La realidad, que nadie se tomó la molestia de averiguar, fue «que, padeciendo desde hace tiempo una continuada dolencia», el 1 de enero de 1859 pide la *licencia absoluta*, que la Reina le concede. En su Hoja de Servicios consta que «su capacidad es mucha y su conducta buena».

A sus treinta años tiene una vida desarreglada y bohemia, aunque cumple con eficiencia y deambula por los cafés, los teatros y las timbas. Por eso Serra afirma: «entre una mujer, una enfermedad y varios cómicos han hecho de mí cualquier cosa».

Doña Isabel II le nombra «oficial de la clase de cuartos», con 26.000 reales de vellón anuales. En 1864 fue nombrado Censor de Teatros, con 4.000 reales de sueldo y 6.000 más para material. El 23 de noviembre de 1866 fue sustituido por el también dramaturgo Luis Eguilaz (1830-1874), quien o no tomó posesión del cargo o lo abandonó enseguida, ya que el 19 de enero de 1867 fue nombrado de nuevo hasta que la Revolución de 1868 suprimió la censura.

Reiteradamente, alude con tristeza a su enfermedad: «hace más de tres años que estoy baldado» (1866), «once años de

encierro» (1873), «hace trece años me vienes atormentando» (1874), «enfermo hace quince años (1876); parece que fue una parálisis progresiva que le fue consumiendo; algunos de sus manuscritos autógrafos muestran el progresivo deterioro. Permaneció soltero y fue atendido con amor infinito por doña Carlota, su madre, a quien dedica algunos de sus mejores poemas; sigue escribiendo para el teatro, se queja de que ya no se los estrenan y algunas obras y poemas se los dicta a su madre, que le atiende con mimo; Narciso llevaba con resignación, «entregado a lecturas piadosas», su aislada vida.

De su proverbial buen humor ya no queda nada, se muestra pesimista con los empresarios teatrales, que le van dando la espalda; a pesar de los homenajes, ya no se arriesgan a estrenarle algunas obras:

Me cierra sus puertas el teatro: llamo a las del público. Para que me las franquee benévolo no estará de más el recordarle que el que se presenta con este libro en la mano es autor de obras que todavía se sostienen en la escena española (*Poesías*, 1876).

En su tristeza se acentúa su devoción a María, a quien se dirige una y otra vez, y pide al Señor:

¡Mátame, Señor, mátame!

y en el homenaje al difunto Gabriel García Tasara (1817-1875), dice: si estás en el cielo

ruega por mí, Gabriel.

Su economía se deteriora a partir de 1868, lo cual acentúa su monarquismo; tiene mucho que agradecer a Isabel II: ascensos, condecoraciones y empleos. Su penuria le obliga a dirigirse, durante la Primera República, al Ministro de Gobernación, don Eleuterio Maisonnave, pidiéndole, en una carta en verso, una ayuda; rápidamente le fueron concedidos 1.000 reales que le lleva don Ramón de Campoamor de parte del Ministro. Serra se lo agradece en otra carta de 26 de diciembre de 1873 y le dedica la comedia *El gran día*.

La llegada de don Alfonso XII le supuso una discreta ayuda que Serra agradece con el cuento en verso *La confesión de un muerto* (1875). Y algo le ayudaron los repetidos homenajes de